

Y, sin embargo, nos oprimían, nos estrangulaban, ¿con cuál intención? Ésta era clara; dar motivo á una suspensión de pagos y hacer indispensable una intervención: intervención aduanal absoluta para los ingleses; intervención borbónica para los españoles; intervención imperial para el obstinado ensoñador de las Tullerías.

...

¶ La labor administrativa del año de 61 fué verdaderamente formidable; los meses dictatoriales (el Congreso debía reunirse en Mayo) se aprovecharon con febril actividad. Zarco en Relaciones y Gobernación; Prieto en Hacienda; Ignacio Ramírez en Justicia, luego en Justicia é Instrucción Pública reunidas, después en Fomento zurcido á las anteriores, y González Ortega en Guerra, desplegaron un celo de miembros de COMITÉ DE SALUD PÚBLICA. Uno de tantos clubs de tinte orteguista y caliente hasta el rojo-blanco, de esos que querían consumir la revolución con guillotinas, convenciones y proclamaciones del CULTO DE LA DIOSA RAZÓN (lo que indica una infinita pobreza de inventiva), había organizado su COMITÉ DE SALUD PÚBLICA, pero teórico y verbal tan sólo; el verdadero, el efectivo era el Gobierno. El Gobierno ejercía la dictadura, pero una dictadura, si sensata, neutralizada por otras cien dictaduras; gobernadores y ex-caudillos, comandantes militares y jefes de bandas, todos DICTATURABAN; el Sr. Juárez clamaba en la intimidad, delante de uno de sus amigos preferidos (el general Mejía que me lo ha referido): «el Gobierno está en una situación desesperante, tiene en las manos todas las facultades y no logra hacerse obedecer en ninguna parte».

¶ La fuerza armada pertenecía al Ministro de la Guerra, á González Ortega, que tenía en la mano la división de Zacatecas cada vez mejor organizada y provista, y con esa guardia pretoriana podía imponer su voluntad; pero, sea dicho en honor suyo, no la imponía, al contrario, se mostraba dúctil y dócil; no ponía generalmente obstáculo á los proyectos y determinaciones de sus colegas. Era más popular que Juárez y el único popular de los ministros: sin embargo, era imposible valerse de él para hacer sentir la enérgica acción del Ejecutivo en los Estados y someterlos de veras; no lo estaban más que nominalmente. Soliviantado por los halagos de las chusmas manejadas por los corifeos de los clubs, quiso una vez imponer su voluntad y se encontró con Juárez; la roca lo hizo retroceder y deshizo la ola en espuma.

¶ En toda la acción dictatorial se percibe el firme criterio del Presidente interino, el mismo que en Oajaca y Veracruz había mostrado: inflexible con los enemigos de la Constitución y la Reforma, no admitía, sino con la muerte en el alma, componendas, conciliaciones y sensiblerías; la política sentimental estaba tan lejos de su índole como el mazapán del granito; ni amnistías, ni perdones, pero ni una sola crueldad inútil, ni un solo rasgo de sangre innecesario; ni condescendencias (por eso apareció grande en este país, cuyo atributo característico es la condescendencia) ni violencias; ni amnistías ni venganzas; era un juez recto, no implacable; era un hombre de razón, la razón lo gobernaba, no la pa-

sión, aun cuando fuera apasionado; era, pues, un hombre en toda la acepción moral de la palabra. Tenía la cualidad superior de los hombres de Estado: no apurar ni su derecho, ni su conveniencia; no iba hasta el fin de sus actos, se paraba en donde las consecuencias de ellos podían realizar un propósito. Así se le encuentra siempre: inflexible en su deber, moderado y ponderado en su derecho; tal era su carácter, tal era el hombre. Su carácter, de la tenacidad del acero, le daba el temple necesario para sobreponerse á los acontecimientos sin subyugarlo; sólo la razón, ó lo que tenía la apariencia de la razón, se hacía dueño de él; era un tipo de hombre libre.

¶ Un célebre humorista mejicano, amiguísimo de desconcertar á sus lectores (á quienes, como se dice en español de género chico, TOMA EL PELO DE CONTINUO) con inesperadas paradojas, ha escrito graciosas y atrevidas páginas sobre LA INFLEXIBLE DEBILIDAD del presidente Juárez. Ya nos hemos explicado sobre esto; conviene insistir. ¡Debilidades! No hay un solo hombre que no las haya tenido, y puede decirse que por eso se es hombre, por eso se pertenece á la humanidad, hecha de limo deleznable y frágil, según el mito bíblico. Juárez, como simple mortal que era, debe de haberlas tenido y frecuentes en el curso de su vida; pero que ellas constituyan la substancia de su carácter, es un error singular ó una MIXTIFICACIÓN estupenda; eso sólo puede decirse POUR ÉPATER LE BOURGEOIS, como Flaubert clamaba.

¶ No; transigir con un mal menor para evitar uno mayor, no es debilidad, es política; la política, por definición casi, es eso, transacción; lo demás es teoría, y se escribe, pero no se practica, no se hace, nadie la ha hecho sin suicidio. Concretando: la debilidad de Juárez consistía, según los acusadores, sobre todo, en la sumisión de Juárez á sus ministros. Nunca, ninguno de ellos ha dicho tal cosa; algunos han probado lo contrario. Compartiendo con ellos la responsabilidad ante la opinión y ante la ley, les dejaba plena libertad en la gestión de sus negociados, con tal de estar informado de todo y conservando él á su vez la libertad de discutirlo todo y de impedir con su facultad suprema cuanto era contrario, no á su opinión, sino á su deber. Éste era el infranqueable límite. Esto explica por qué muchos de los hombres eminentes que colaboraron en su obra, desde Ocampo y Zarco hasta Iglesias y Lerdo, guardaron hacia él un respeto profundo; una especie de culto por su memoria los dos últimos; una especie de adoración, digámoslo así, los que como D. Matías Romero habían nacido á su sombra, pero que eran excesivamente fríos para inquirir y excesivamente severos para juzgar. En los extranjeros como Seward, como Herreros de Tejada, dejaba la misma impresión honda y entera. Lo que tenía el Sr. Juárez era una desconfianza recelosa y tímida de su inteligencia; era éste un vicio, un pliegue psicológico, permítasenos la frase, adquirido por el niño que á los doce años no sabía castellano y ya hombre casi se encontró al principio de sus estudios; entró en ellos vacilante, indeciso: así fué siempre en asuntos intelectuales, y sólo al fin de su vida la inmensa experiencia acumulada le dió confianza en su razón. En los CONSEJOS DE MINISTROS celebrados con frecuencia en aquella época en que todo era una novedad y una innovación, nunca quiso que prevaleciese su opinión; la emitía,

la apoyaba concisamente en razones de conveniencia y buen sentido, y la dejaba correr la suerte de las otras, poniéndola formalmente á votación y resignándose fríamente á la derrota. «Yo sé perder», solía decir á uno de sus ministros, el mismo que nos ha contado estas puridades.

¶ En cuanto á esos cargos que no han dejado comprobante alguno fehaciente en la Historia y de que antes hemos hablado, v. gr. : sumisión del caso referente á las Hermanas de la Caridad á la decisión de Napoleón III y reconocimiento de la reclamación Jecker, ya hemos visto á qué se reducen, á qué las reduce la lógica en su rígido laminador : afirmaciones en términos discutibles no bastan al caso ; lo que es absolutamente probante es que todos los hechos anteriores y posteriores á ese caso obedecen al mismo criterio de dignidad nacional y de cumplimiento exacto de la ley, sin que se note la menor solución de continuidad que permita dar cabida á un documento que demuestre alguna indigna transacción. Nada.

عن ابن أبي

¶ El criterio político de Zarco y el del Presidente coincidían : castigo á todos los rebeldes, sólo castigos de sangre á los que prolongaban la guerra civil con las armas en la mano ; no excluir á nadie. No era ésta, sin embargo, la política de la venganza, era la del escarmiento ; no tenía por objeto darse una satisfacción, sino dar á todos una lección. Ya vimos cómo se procedió contra los ministros extranjeros que se habían empeñado en considerar como Gobierno de derecho á la Reacción, que era sólo un Gobierno de hecho ; el programa de Zarco fué, lo vimos ya, desinteresarse á las naciones de la suerte de sus enviados diplomáticos ; en realidad lo consiguió, se consiguió con España sobre todo, que no hizo un capítulo especial de su venida á Méjico, de la necesidad de vengar el agravio que se le había inferido en la persona de Pacheco, porque no creyó nunca en tal agravio.

¶ Respecto de los obispos, la resolución presidencial fué por extremo sensata ; víctimas de una política, nefasta para la iglesia mejicana, preconizada por su prelado que creía deber imitar la intratable rigidez de propósitos (no de carácter) de Pío IX, habían tomado parte activa en la guerra civil, habían dado al Gobierno reactor cuantos recursos habían podido, se habían rebelado abierta y razonadamente contra el Gobierno legítimo y habían dado á los constitucionalistas motivo plausible para transformarse en reformistas, y la Reforma, con sólo ser, había creado las armas con que había de triunfar, porque había puesto á todos los intereses, á todas las codicias, á todas las avideces de su parte. Necesitaban los obispos, altos funcionarios morales de la reacción, responder de su error y purgar su culpa. La excitación era inmensa : se trataba de someterlos á largos y feroces procesos, para azotarlos de injurias y coronarlos de escarnios ; esto iba á ser un modo de tener caldeadas, á la temperatura de furor, las masas que obedecían á los clubs, lo cual era un peligro incesante para el orden y una manera de convertir en mártires á aquellos varones (malos ciudadanos pero hombres

excelentes) y de conmover profundamente á la parte más numerosa y más sensible de la sociedad. Por eso Juárez, con Ocampo, decidió expulsarlos. Los obispos, venerables apóstoles caducos, no supieron ver esto, que los salvaba á ellos y salvaba la paz nacional.

¶ Resueltos á mantener incólumes todas las garantías constitucionales, aquellos dictadores respetaron el derecho de asociación, y los ciudadanos hicieron uso de todas las formas políticas que de él emanan : clubs, MEETINGS de oposición y electorales, conciliábulos reactores ó jacobinos, todo había, todo hubo. Naturalmente, á estas manifestaciones tempestuosas, que más bien que fuerza denunciaban una especie de estado patológico de la sociedad, iba aparejado el uso y el abuso escandaloso de la prensa. Zarco la encauzó en una ley (bastante más liberal que la del Sr. Lafragua dada en tiempo de Comonfort), con juicio por jurados como la Constitución lo prescribía, y una organización AD HOC. Lo más importante en los artículos de esa ley, después de éstos que constituían su esencia, consistía en la obligación, á los autores de los artículos impuesta, de mostrar su nombre, de estamparlo al calce de su FACTUM. Quedaba suprimida la prensa anónima, lo cual era menos que medianamente liberal, pero que el Gobierno juzgaba una necesidad. Tal vez lo era en aquellas circunstancias. Esta disposición, ya se entiende, no fué acatada, á pesar de los empeños y circulares del ministerio de la Gobernación ; en una de esas circulares, Zarco, colocándose al margen de la fría severidad oficial, llamaba á los periodistas de entonces «escritores sin valor civil ni dignidad personal». Á algunos periodistas, se entiende. Zarco lo era, y por tal modo que pudiera decirse que su ministerio y las situaciones políticas que ocupó en su vida no fueron más que accidentes de su carrera periodística. Nadie mejor que él podía medir la importancia de ese INSTRUMENTUM REGNI que se llama PERIÓDICO. Tribuna inmensa de educación de todos por todos, se ha convertido en una especie de fuerza de la naturaleza, en un elemento indispensable de la vida de la sociedad, en un alimento de primera necesidad para ella ; por ende, más capaz de causar daños y perturbaciones profundas é irreparables, sobre todo cuando inocular, en los órganos vivos de la sociedad, gérmenes patogénicos destinados á pulular y á reemplazar, con su vida microscópica, la vida del ser invadido. Muy difícil es que un gobernante, aun los que profesan respeto profundo á la libertad, pueda vencerse á sí mismo y no usar de los recursos de aplastamiento que el poder pone en sus manos cuando se enfrenta, no con el insulto aun procaz, aun infame de un adversario político, cuando encuentra su honra y la de los suyos arrastrada por el fango ; de esto todos se levantan, de esta iniquidad todos salen ilesos si es una calumnia, si es una injusticia. Cuando la prensa desahogada de aquellos días frenéticos decía que Guillermo Prieto era un ladrón, que se había robado los bienes del clero, mentía, mentía con tan cínica pasión, con tan impudente aplomo, que muchos creían en la difamación como en el Evangelio, y otros vacilaban. ¿Qué quedó, á los pocos meses, de todo esto ? Un hombre honrado en pie, con la excelsa lira entre las manos, la lira en cuyas cuerdas vibraban todos los lamentos, todas las esperanzas de la Patria.

¶ No, no es esto lo que es capaz de hacer perder el tino al estadista más dueño

de sí mismo. Lo horrible es ver venir la injuria de un hombre que ha solicitado un pedazo de pan la víspera, que ha manchado la víspera con su lengua lame-dora las botas del individuo á quien hiere para exigir un empleo ó un billete de banco.

☞ Esto sí hace entrar la ira en dosis altas en nuestras determinaciones y las perturba. Entonces se agigantan en el espíritu las consideraciones, perfectamente sensatas por otra parte, del grave daño social que una prensa desapoderada y de CHANTAGE puro puede causar, sembrando el temor y la alarma en las familias y produciendo discordias íntimas y desasosiegos domésticos que convierten á la ciudad en una especie de despoblado moral dominado por el terror y los salteadores de honras.

☞ Se horrorizaría probablemente Zarco si pudiese comparar lo que le parecía digno de ser anatematizado con lo que todos vemos hoy con náusea, es cierto, pero sin protesta; si pudiese palpar la profunda descomposición de un organismo (hay muy graves y muy nobles excepciones) tigreado de pústulas malignas, de las que no es posible levantar la compresa ni la venda, por miedo de que cada llaga se torne exutorio y desahogo de podredumbre social, y se infeste la atmósfera de la Nación entera, y la paz pública y la tranquilidad privada peligren juntas.

☞ Pero volvamos al 61. En Europa, los embajadores de la SOCIEDAD CULTA de Méjico, los que hacían por curiosísima coincidencia el papel de los EMIGRADOS de la Francia revolucionaria (he nombrado á Gutiérrez Estrada, Labastida, Almonte, Hidalgo), se empeñaban en convencer á las Cortes de que el estado normal de Méjico, en el período reformista que se había abierto, era el de una perfecta anarquía, estado que había sucedido como indeclinable consecuencia al de guerra civil. Y era cierto que vivíamos en la anarquía, pero no que éste fuese nuestro estado definitivo; al contrario, se hacían visibles esfuerzos por salir de él, y el jefe del ministerio, ya obligando á los gobernadores á no tratar en los puertos ó fronteras con autoridades ó representantes extranjeros, ya cercenando las facultades dadas en un principio á los mencionados gobernadores para tomar cuantas medidas creyesen conducentes al sostenimiento de la paz, procuraba hacer sentir la acción del Centro en todos los ámbitos del país. Con poco resultado á fe. El Gobierno, y en esto la sugestión de Juárez era clara, había adoptado resueltamente el camino del aniquilamiento del partido reaccionario como entidad política. De las oficinas, de los tribunales, del ejército, se ordenó la exclusión implacable de cuantos habían servido al Gobierno ilegítimo, y se procuró con inquisitivo empeño la ejecución de estas medidas; en determinados casos no se exceptuaron de ellas siquiera á los que en los últimos días habían abandonado el campo tacubayense y se habían pasado á los reformistas y prestado buenos servicios. Y esto no fué tan sólo por seguir una suerte de SPOIL'S SYSTEM; no se trataba de despojar por castigar, aunque esto era la apariencia, sino, en primer lugar, de premiar los méritos y los tres años de apetito de quienes, de grado ó no, se habían mantenido alejados de la santa mesa de la reacción, y, sobre todo, porque se temía, en cada empleado ó en cada militar que por necesidad, por no

quedarse ayuno, aceptaba y juraba y perjuraba la Constitución y sus vástagos las leyes de Reforma, un conspirador, un enemigo secreto metido en los órganos vivos del Gobierno nuevo. Por supuesto, ésta era una vana precaución; en porciones considerables se dieron los empleados reactivos la maña suficiente para permanecer en sus puestos; además, todo empleado que se encontraba privado de su mensualidad, y esto solía acaecer en aquellos días de inopia fundamental, era un conspirador. El programa secreto de aquellos burócratas más ó menos jacobinos era uno solo, éste solo : «Perezcan los principios y sálvense los estómagos». Toda burocracia, china, rusa, francesa ó norte-americana, pensará siempre de igual modo.

☞ Este malestar subió de punto y llegó á oscilaciones gigantescas entre los grados más altos y los más bajos del termómetro, cuando se apoderó de los ánimos esta tristísima convicción : la guerra civil no ha terminado. No había terminado : á raíz de la vuelta de la capital á la obediencia, el incansable, y fanático, y generoso, y sincero Tomás Mejía daba certero golpe á un considerable grupo liberal y capturaba y perdonaba al coronel reformista Escobedo, el futuro vencedor de Querétaro; luego reaparecían los reaccionarios agavillados en el Sur, en torno de Vicario, de Zuloaga, que se hacía llamar PRESIDENTE en los vivacs de los guerrilleros cruzados y del general Márquez, cuyo cuerpecillo, erguido como nunca, rebosaba energía y en cuyos felinos ojuelos relampagueaban el asesinato político y la impiedad hacia los vencidos. Todos ó la mayor parte de los cabecillas reactivos se le fueron agrupando, y las guerrillas liberales encontraron pretexto para no disolverse, y como el guerrillero solía ser partidario cuando se presentaba ante la fuerza armada y salteador cuando se encontraba con los simples viajeros ó cargamentos de mercancías, resultaba inseguridad pasmosa; de cuando en cuando alguna persona notable caía bajo los tiros de los bandidos, y la sensación nerviosa de los extranjeros, si la víctima era, como el oficial de marina inglés Adams, simpatizador decidido de la causa liberal, se comunicaba á Europa, que creía nuestra situación irremediable si no se empleaba el tratamiento quirúrgico de una especie de guerra de conquista, que abría infinitos horizontes á todos los negociantes en infortunios públicos. Otro punto negro en la situación : visiblemente el general González Ortega, á pesar de que realmente era humilde, estaba á punto de ceder á las excitaciones tremendas de los clubs, sobre todo del que proclamaba su candidatura para la Presidencia y que tendía á convertirlo en una especie de MAIRE DU PALAIS y al Sr. Juárez en un rey FAINÉANT. Con la gentil ligereza propia de su carácter, había resistido, ya lo dijimos antes, á las exigencias de sus amigos y no había intentado imponer al Gobierno su voluntad, pero visiblemente iba á cambiar de postura.

☞ El partido liberal había perdido por aquellos meses á dos de sus próceres; en Veracruz á Gutiérrez Zamora y en Méjico á D. Miguel Lerdo de Tejada. Allá y aquí se les hicieron suntuosos funerales, funerales regios, de esos que sólo saben hacer, desde los tiempos de Pericles, las democracias en sus períodos de combate. ¿La democracia mejicana? Sí, esa democracia. No era en realidad ni todo el pueblo mejicano (ése que en teoría era dueño de todos los derechos del ciudada-